



por completo y resolvió consultar con el párroco.

El padre Malou satisfizo su ansiedad con estas reflexiones:

«¿Qué desea usted recompensar, señora? La virtud, solamente la virtud? Pues ¿á qué pararse á discurrir si la virtud es masculina ó femenina? La virtud es eterna, inmutable; no tiene patria ni sexo: es *la virtud*.»

Animada, la señora Husson fuese á ver al alcalde, al cual todo le pareció razonable.

«Haremos una hermosa ceremonia—dijo—. Y para otro año, si encontramos una moza tan digna como Isidoro, premiaremos la virtud femenil. Además, con esta resolución damos un ejemplo; no somos parciales ni exclusivistas, reconocemos todos los méritos.»

Cuando se lo participaron á Isidoro se ruborizó como nunca, pero trasluciendo alegría en su semblante.

La fiesta quedó acordada para el 15 de Agosto, día de la Virgen y del emperador Napoleón.

El municipio había decidido celebrar con pompa el suceso y dispuso el estrado en una prolongación de las fortificaciones del viejo castillo, adonde luego subiremos.

Por una muy explicable reacción del espíritu pú-

blico, la virtud de Isidoro, que fué motivo de mofa durante algún tiempo, lo fué de admiración respetuosa en cuanto se dijo que le valdría 500 francos, una cartilla en la Caja de Ahorros y las atenciones de los principales. Las mozas arrepentíanse de sus ligerezas, de sus burlas, de sus libertades pasadas; y el buen Isidoro, aunque siempre modesto y tímido, mostraba cierta desenvoltura, reveladora de su íntima satisfacción.

Desde la víspera de la fiesta, la calle de la Delfina estaba ya engalanada con gallardetes y colgaduras. ¡Ah! No te dije por qué razón se llamó aquella, calle de la Delfina.

Parece ser que la delfina, una delfina, ignoro cuál, visitando Gisors había sido retenida tantas horas por las autoridades, ansiosas de mostrárselo todo, que á mitad de su paseo triunfal detuvo el cortejo frente á una casa de la dicha calle y exclamó: «¡Qué bonita vivienda! ¡Me gustaría visitarla! ¿De quién es?» Buscaron al dueño y lo condujeron, aturdido y orgulloso, á presencia de la princesa, la cual se apeó del carruaje y entró en la casa, visitándola por completo y hasta llegando á permanecer un rato sola, encerrada, en cierto gabinete.

Cuando salió, el pueblo en masa, entusiasmado

por la deferencia con que acababa de honrar á un vecino de Gisors, vociferó: «¡Viva la delfina!» Un poeta irónico hizo una composición de circunstancias; y la calle conservó el nombre de su alteza real, porque

la princesa, en un aprieto,
cuando en la casita entró,
en el camarín secreto...
la bautizó.

Pero volvamos á Isidoro.

Se había cubierto de flores la carrera, como se hace para la procesión del Corpus, y los milicianos nacionales estaban sobre las armas á las órdenes de su comandante Desvarres, un buen soldado de Napoleón, que guardaba con orgullo, junto á la cruz de la Legión de Honor, que le había puesto el héroe con su propia mano, la barba de un cosaco, arrancada de un solo golpe sobre la faz de su dueño por el comandante Desvarres, en la retirada de Moscou.

Sus milicianos eran los más famosos de la provincia, y los granaderos de Gisors veíanse muy solicitados en quince ó veinte leguas á la redonda para todas las fiestas memorables. Se cuenta que pasando revista el rey Luis Felipe á los batallones de milicianos del Eura se detuvo asombrado ante



los de Gisors, haciendo la siguiente pregunta: «¿De dónde son estos granaderos?» «De Gisors» — respondió el general. «Debí suponerlo» — añadió el rey.

El comandante Desvarres fué con su compañía —llevando al frente la charanga—, en busca de Isidoro

Terminada una corta serenata, Isidoro apareció en la puerta vestido de cutí blanco de pies á cabeza, y llevando en el sombrerillo de paja un ramo de azahar.

La elección del traje había preocupado mucho á la señora Husson, la cual dudaba entre la ropa negra que usan los congregantes con un lazo blanco solamente, ó todo blanco. Atendiendo las observaciones de Francisca, se decidió por lo segundo, notando que así el mocetón parecería un cisne de puro y nítido plumaje. Detrás de Isidoro iba su protectora, su madrina, la señora Husson, triunfante. Apoyóse para salir en el brazo de Isidoro; el señor alcalde se puso al otro lado. Los tambores redoblaban. El comandante Desvarres dió la voz de mando: «Presenten... ¡armas!»; y el cortejo se puso en marcha hacia la iglesia entre una muchedumbre de curiosos que acudieron desde todas las aldeas próximas.

Después de la misa y del muy sentido sermón pronunciado por el párroco Malou, la comitiva se dirigió á las fortificaciones, donde se había preparado el banquete, bajo un toldo.

Antes de sentarse á la mesa, el alcalde tomó la palabra, y... Te repetiré textualmente su discurso. Lo aprendí de memoria porque valía la pena: «Virtuoso joven: una honradísima señora, estimada por los pobres y respetada por los ricos, la señora Husson, hacia quien siente agradecimiento la comarca entera y á quien saludo en el nombre de todos, tuvo la idea, la feliz, la bienhechora idea de fundar un premio á la virtud, que será un precioso estímulo para todos los habitantes de nuestra hermosa tierra. Tú eres, virtuoso joven, el primer elegido, el primero en esta dinastía de la prudencia y de la castidad. Tu nombre viene á encabezar la brillante lista de los afortunados por sus propios merecimientos, y es necesario que tu vida, compéndelo bien, que tu vida entera responda siempre á tan preclaros principios. Hoy, delante de la magnánima señora que premia tu comportamiento; delante de los milicianos, que se armaron para honrarte; delante de todo el pueblo conmovido, congregado para loar tu virtud, contraes el solemne compromiso de mantener hasta la muer-

te, como una bandera gloriosa, el ejemplo meritorio de tu juventud. No debes olvidarlo. Tú serás la primera semilla que sembraremos en el campo de la esperanza para obtener de ti los frutos que nos prometimos.»

El señor alcalde se adelantó con los brazos abiertos para estrechar contra su pecho á Isidoro, el cual gimoteaba.

Gimoteaba, sin saber por qué, dominado por una emoción profunda, por un orgullo singular, por una ternura vaga y placentera.

Después, el señor alcalde le puso en una mano la bolsa de seda que contenía los 500 francos en oro, en la otra la cartilla de la Caja de Ahorros, y dijo solemnemente:

«Respeto, riqueza y gloria premiarán la virtud.»

El comandante Desvarres gritó: «¡Bravo!» Los granaderos vociferaban, la muchedumbre aplaudía.

La señora Husson se restregó los ojos con el pañuelo.

Luego sentáronse á la mesa y comenzaron á servir el banquete.

Fué largo y magnífico. Los platos eran innumerables. La sidra dorada y el vino rojo fraternizaban en los vasos y se mezclaban en los estómagos. El ruido de la vajilla, las voces y la música formaban

un conjunto armónico, subiendo hasta las alturas, donde revoloteaban las golondrinas. La señora Husson, enderezando á cada instante su peluca de seda negra, que se torcía, charlaba con el párroco Malou. El señor alcalde, excitado, hablaba de política con el comandante Desvarres, y el virtuoso Isidoro comía y bebía como jamás bebió ni comió. Servíase de todo y de todo repetía, notando por vez primera lo agradable que resulta llenar la tripa de buenos manjares que saborea el paladar antes de tragarlos. Habíase desabrochado el pantalón, y silencioso, aunque algo inquieto porque una gota de vino rojo manchaba la blancura de su traje, sólo dejaba el tenedor para coger el vaso, y su boca no descansaba comiendo y bebiendo acompasadamente.

Llegó la hora de los brindis, que fueron muchos y muy aplaudidos. Anochecía y aún estaban en la mesa. Flotaban ya en el valle los vapores finos y lechosos que ligeramente cubren de noche los arroyos y las praderas; el sol acababa de ocultarse; las vacas mugían. Todo terminó. El cortejo, en desorden, regresó á la desbandada. La señora Husson, apoyada en el brazo de Isidoro, le daba excelentes consejos y le hacía magníficas advertencias.

Se detuvieron en la frutería y el mozo se quedó allí.



Su madre no había llegado aún. Invitada por unos parientes á celebrar el triunfo de Isidoro, después de acompañar al cortejo hasta las fortificaciones, volvió al pueblo, alejándose del festín, donde no hubo para ella un lugar.

Cerraba la noche, sorprendiendo á Isidoro en soledad completa, sentado en un rincón de la frutería. Instigado por el vino y por el orgullo, miró en

derredor. Las zanahorias, las coles y las cebollas mezclaban sus fuertes olores de hortaliza con los penetrantes perfumes de la fresa y de los melocotones.

Isidoro cogió un melocotón para entretenerse mordiéndolo, á pesar de tener la barriga bien llena. Luego, de pronto, loco de alegría se puso á bailar, y algo sonó en sus bolsillos. ¡Era la bolsa de los 500 francos en oro! Se le había olvidado que los llevaba. ¡Quinientos francos! ¡La fortuna! Y extendió las monedas sobre el mostrador para verlas todas á un tiempo, y las acarició con ambas manos. El oro brillaba, y el mozo, contando una y otra vez su caudal, ponía un dedo sobre cada moneda, repitiendo: «Una, dos, tres, cuatro, cinco... ¡ciento!, seis, siete, ocho, nueve, diez... ¡dos cientos!»

Y las veinticinco monedas volvieron á la bolsa y la bolsa volvió á entrar en el bolsillo de Isidoro.

¿Quién podía imaginar el terrible combate que reñían el bien y el mal en el alma del mozo, la embestida que le dió el diablo, los engaños, las tentaciones que arrojó Satanás en aquel corazón virgen? ¿Qué sugerencias, qué imágenes, qué terribles deseos inventaría para turbar la calma del virtuoso elegido, el premiado por la señora Husson? Lo cierto es que Isidoro, poniéndose aquel sombrero,

que llevaba todavía el ramo de azahar, salió á la calle, y desapareció entre las sombras de la noche.

.....
Avisada la frutera Virginia de que su hijo había vuelto ya, fué á su casa deseosa de verle y no le halló. Al principio no le causó extrañeza; pero al cabo de un rato, preguntando á un vecino, supo que le habían visto entrar. Le buscó en todos los rincones inútilmente. Habría salido por no estar solo. Pero pasaba el tiempo y no volvía. Virginia se intranquilizaba. Fué al Ayuntamiento. El señor alcalde dijo que dejó á Isidoro frente á la puerta de la frutería. La señora Husson



se acostaba ya cuando tuvo noticia de que su protegido no aparecía. Volvió á encasquetarse la peluca, vistióse y fué á casa de Virginia. La frutera lloraba sin consuelo entre las zanahorias, las coles y las cebollas.

Pudo sucederle una desgracia... Pero, ¿cuál? El comandante Desvarres avisó á los gendarmes, que hicieron algunos reconocimientos por la campiña. En el camino de Pontoine apareció el ramo de azahar. Lo pusieron sobre una mesa y en torno deliberaron las autoridades. Isidoro había sido víctima de algún engaño, de alguna sorpresa, de alguna venganza. Pero ¿cómo? ¿De qué medio se habrían valido para sacar al inocente de su casa y llevarlo?

Hartos de hacer suposiciones, que no conducían á ningún resultado, las autoridades resolvieron dormir. Sólo Virginia veló aquella noche, sumida en lágrimas.

Pero, cuando al día siguiente pasó, de regreso, la diligencia de París, el pueblo de Gisors tuvo noticia de que Isidoro había hecho parar el coche á 200 metros de allí, había pagado su asiento, dando á cambiar una moneda de oro, y habíase apeado tranquilamente en el corazón de la gran ciudad.

La sorpresa fué inaudita. El señor alcalde se

puso en correspondencia con el jefe de policía parisién; pero sus pesquisas no dieron resultado.

Pasó una semana, día tras día, y al salir muy



temprano el doctor Barberol para visitar á un enfermo, vió que un hombre, vestido de gris, dormía en el umbral de una puerta. Acercándose, reconoció en él á Isidoro. No le fué posible despertarle. Isidoro dormía un sueño profundo, invencible, abrumador, y el médico pidió ayuda para trasladarle á la farmacia de Boucheval. Cuando le alzaron, apa-

reció en el suelo una botella vacía. Oliéndola, el doctor afirmó que había contenido aguardiente. Bastaba este indicio para saber qué medicación hacía falta. Isidoro estaba completamente borracho, embrutecido por ocho días de borrachera; borracho y sucio hasta la exageración. Acercarse á él daba náuseas. Su traje de cutí blanco se había converti-



do en un andrajo gris, amarillento, grasiento, pingajoso, asqueroso, y emanaban de su cuerpo todos los hedores de cloaca, de miseria y de vicio. Fué lavado, sermoneado, encerrado, y en cuatro

días no salió á la calle, como si estuviese avergonzado y arrepentido. No aparecieron en sus bolsillos ni la bolsa del dinero ni la cartilla de la Caja de Ahorros ni el reloj de plata, herencia sacrosanta de su padre.

Al quinto día se atrevió á salir. Acompañábanle sin cesar las miradas de los curiosos, y él iba con la cabeza baja y los ojos casi cerrados. Fuése hacia los prados y le perdieron de vista; pero á las dos horas volvió muy alegre, agarrándose á las paredes, borracho, completamente borracho.

Nada le corrigió.

Su madre le arrojó de su casa y se hizo cantero.

Su fama de borracho era tan grande, que hasta en Evreux hablaban de Isidoro, «el doncel de la señora Husson». Y á todos los borrachos de la comarca los llaman así: «donceles de la señora Huson».

Una buena obra nunca es del todo estéril.

.....
El doctor Marambot se frotaba las manos al terminar su historia. Yo le pregunté:

—¿Has conocido á Isidoro?

—Sí; he tenido el honor de cerrar sus ojos en la hora de su muerte.

—¿De qué murió?

—Murió en una crisis de *delirium tremens*. No era posible otra cosa.

Llegábamos al castillo; Marambot me contó la historia del prisionero que, valiéndose de un clavo, esculpió los muros de su calabozo.

Luego supe que Clotario II había dado en patrimonio el pueblo de Gisors á su sobrino San Román, obispo de Roan; que Gisors era el primer punto estratégico de aquella región de Francia, y que por este motivo fué centro de répetidas luchas, asaltado y recobrado muchas veces. Por mandato de Guillermo el Rojo, el artífice Roberto de Bellesme construyó una poderosa fortaleza, más tarde atacada por Luis el Gordo y luego por caballeros normandos; fué defendida por Roberto de Candos, cedida por Godofredo Plantagenet á Luis el Gordo; conquistada por los ingleses á consecuencia de una traición de los templarios; disputada entre Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León. Incendiada por Eduardo III de Inglaterra, que no pudo tomar el castillo; reconquistada nuevamente por los ingleses en 1419; devuelta más tarde á Carlos VII por Ricardo de Marbury; presa luego del duque de Calabria; residencia de Enrique IV, etc., etc.

Y Marambot, convencido, casi elocuente, repetía:

—¡Qué malditos ingleses! ¡Qué gentuza! ¡Todos borrachos! «donceles de la señora Husson.»

Y después de un rato de silencio, con el brazo extendido hacia un riachuelo que brilla en los prados, añadió:

—¿Sabías que Henry Monier fué uno de los pescadores más afanosos de nuestras riberas?

—No lo sabía.

—Y Bouffé, amigo mío, Bouffé ha sido aquí pintor de cristales.

—¡Vaya, vaya!

—Sí. ¿Cómo es posible que ignores tales cosas?

